

RETRATOS DE UN NATURALISTA: UNA EXPLORACIÓN DE LA COSMOVISIÓN DE JOHN DEWEY

Raúl Lozano Rivera
Universidad Linda Vista, México

RESUMEN

Como lo plantea su título, el presente artículo pretende explorar las características y rasgos propios de la cosmovisión de Dewey, asumiendo la importancia de sus implicaciones en el campo educativo. Desarrolla concretamente las respuestas de Dewey a las grandes preguntas de la cosmovisión: ¿Cuál es la realidad primordial –lo verdaderamente real–? ¿Cuál es la naturaleza de la realidad externa, es decir, del mundo que nos rodea? ¿Qué es un ser humano? ¿Cómo es posible llegar a conocer algo? ¿Cómo podemos saber lo que es correcto y lo que es incorrecto? ¿Cuál es el significado de la historia? A partir de tales respuestas, el artículo reflexiona sobre el naturalismo de la postura de Dewey desde una perspectiva cristiana de la educación.

Introducción

Es muy común que los educadores actuales se encuentren con ideas interesantes e innovadoras cuando se repasan los aportes de la literatura o se hace investigación. Resultan particularmente atractivas aquellas ideas o prácticas cuyos adherentes las presentan en forma resonante. Es más, si los autores son eruditos, muy bien conocidos y tienen la aclamación del consenso académico, los lectores difícilmente resistirán la adopción de tales ideas. ¿Qué hay de malo en eso?

El lector crítico se pregunta si la novedad de la idea, la intensidad emotiva

del tono de los sustentantes o el respaldo de la mayoría son razones suficientes para la adquisición de nuevas propuestas de pensamiento. Desde luego que no. Si bien no se desmerece ninguna de las posibilidades anteriores, es evidente que tiene que haber mejores criterios para identificar y, en última instancia, adoptar nuevas teorías o adoptar prácticas educativas innovadoras. Una forma de responder a esta dificultad se puede encontrar en el área de las cosmovisiones.

Según Nash (1988), una cosmovisión es “un marco conceptual por el cual consciente o inconscientemente ubicamos o acomodamos todo lo que creemos y por medio del cual interpretamos y juzgamos la realidad” (p. 24). Sire (1976, p. 17), por su parte, sostenía que este marco conceptual es un “conjunto de presuposiciones (o supuestos)” con que respondemos a las preguntas más fundamentales de la vida. Una cosmovisión es un asunto personal, una forma

Raúl Lozano Rivera, Vicerrectoría Académica, Universidad Linda Vista, México.

La correspondencia concerniente a este artículo puede ser enviada a Raúl Lozano Rivera, Apartado 1, Pueblo Nuevo, Solistahuacán, Chiapas, México. Correo electrónico: raulozano@gmail.com

individualizada de aproximarnos a la vida de forma más o menos consistente. Sproul (1986) ilustra esta consistencia valiéndose de la metáfora del pegamento. Con esto quiere decir que una cosmovisión es un “sistema unificado de pensamiento” (p. 29), pero no un marco definido y organizado.

Tenemos que admitir que las ideas no son sino las vestiduras de las cosmovisiones. Todos tenemos una cosmovisión, puesto que los pensamientos son sencillamente la expresión de una cosmovisión dada. Podemos afirmar, entonces, que toda vez que cualquier cosmovisión resulte aceptable, las ideas que la envuelvan también lo serán. ¿Será éste el caso con John Dewey, aquel influyente filósofo, psicólogo y educador norteamericano?

Reed y Prevost (1993) dicen que “John Dewey probablemente ha influido la educación norteamericana más que cualquier otro individuo” (p. 131). El presente artículo explora en forma sucinta la cosmovisión de John Dewey. Tiene como propósito señalar, hasta donde es posible, la forma en que las presuposiciones de John Dewey se hacen evidentes en algunos de sus escritos. Al final, muestra cómo su cosmovisión impacta la práctica educativa actual.

Sire (1976) ha elaborado algunas preguntas básicas que intentan analizar una cosmovisión: ¿Cuál es la realidad primordial –lo verdaderamente real–? ¿Cuál es la naturaleza de la realidad externa, es decir, del mundo que nos rodea? ¿Qué es un ser humano? ¿Cómo es posible llegar a conocer algo? ¿Cómo podemos saber lo que es correcto y lo que es incorrecto? ¿Cuál es el significado de la historia? Se van a inferir las “respuestas” de Dewey a estas preguntas a partir de sus escritos sobre el

tema de la educación moral principalmente, así como también por lo que otros autores han interpretado de los escritos de Dewey.

¿Cuál es la realidad primordial –lo verdaderamente real–?

La cosmovisión de Dewey, según Arnstine (1997), no se originó en una visión utópica, un análisis del gobierno o alguna teoría de necesidad histórica. Más bien emergió de una consideración filosófica de cómo los seres humanos llegaron a figurar en el mundo y de cómo los desarrollos evolutivos los capacitaron para lograrlo en formas marcadamente diferentes de los esfuerzos de otros seres vivos. El naturalismo de Dewey echa mano del darwinismo social, la doctrina según la cual la evolución humana ejemplifica la “supervivencia de los más fuertes”.

Con base en esto, para Dewey (1909) la realidad última es la experiencia consciente de los seres humanos. Esto es, lo que suceda en esta vida es todo lo que hay. No existe vida alguna en el más allá, ningún sentido de vida futura en el cielo o algún otro lugar. De hecho, pensar en el remoto futuro “es un desperdicio de energía y vitalidad” que desarrolla “el hábito de la postergación así como una norma de juicio falsa” (1909, pp. 24, 25).

En el pensamiento de Dewey no hay posibilidad de que la humanidad se salga del mundo y lo perciba desde una postura bíblica. En realidad, no hay necesidad de eso ya que no podemos recibir ninguna información del exterior. La idea de Dios es algo perteneciente a un reino imposible de probar. No hay tal dualismo entre lo natural y lo sobrenatural (cf. Dewey, 1934, p. 38). Dewey se resiste a identificar a Dios con algún ser particular

necesariamente externo al mundo natural. Lo que es más, Dewey (1934) denomina Dios a la relación activa entre lo real y lo ideal (cf. p. 54). Por lo tanto, lo divino es un término de elección y aspiración humanas. Cuando Dewey habla de Dios, realmente se está refiriendo a sus más profundas creencias (Curtis, 1999).

¿Cuál es la naturaleza de la realidad externa, es decir, del mundo que nos rodea?

Según el pensamiento de Dewey, la realidad externa se visualiza como autonomía, puesto que no hubo Creador que la pusiera en movimiento. Sustancialmente hablando, este mundo tiene dos características: (a) es un cosmos material y (b) es un cosmos unido. La aceptación de lo sobrenatural viene a romper la naturaleza integral que caracteriza a este mundo (cf. Dewey, 1934, p. 84).

Hay una característica más de la realidad externa evidente en los escritos de Dewey, y esa es la bondad. La naturaleza y la sociedad comunican lecciones morales a los seres humanos; a partir de ellas, los seres humanos pueden formarse ideales que puede proyectar y armonizar mediante la imaginación (cf. p. 19). Dewey entendió que los efectos de estos ideales provocan ajustes en la vida, nuevas orientaciones que traen con ellas “un sentido de seguridad y paz”; ello todo derivado de la cultura en la que una persona en particular ha estado imbuida (cf. p.13).

¿Qué es un ser humano?

Antropológicamente hablando, Dewey atribuye de manera consistente cualidades de la naturaleza a los seres humanos. Primero, la sociedad y la naturaleza humana han de tomarse inte-

gralmente (cf.1909, p. 9). Él define al niño como un todo orgánico en lo intelectual, social y moral, como también en lo físico. Segundo, Dewey cree que los niños nacen con un deseo natural de dar, de hacer y de servir (cf. p. 22). En otras palabras, desde una óptica muy optimista, la naturaleza humana es buena.

Los éxitos humanos nunca brotarán aisladamente. Los sujetos dependen del mundo natural físico y de quienes viven en él. El concepto básico de la realización humana pareciera ser, en la concepción de Dewey, la cooperación (cf.1934, p. 22). En la medida en que los seres humanos se perciban a sí mismos como parte de un todo y colaboren el uno con el otro en armonía, la vida tendrá significado. Dewey denomina continuidad a la habilidad humana de hacer conexiones con cualesquiera otros elementos del universo en el tiempo y el espacio (cf. 1909, p. 9). La humanidad, entonces, se caracteriza por un entendimiento dinámico tanto de la vida humana como de la sociedad (cf. p. 49). Y este entendimiento ha de ser enseñado y desarrollado, lo cual es el resultado deseado de la educación por cuanto el estudio significa llevar al niño a discernir la escena social en acción, entender la vida social (cf. pp. 31, 40).

Como resultado de su entendimiento antropológico optimista, Dewey profesa una intensa fe, tanto en la humanidad como en la educación. En primer lugar, fe en la capacidad humana para el juicio y la acción inteligentes si se dan las condiciones apropiadas (Miller, 1991). En segundo lugar, fe en la educación, la cual pensaba que significaba nada menos que la creencia en la posibilidad de dirección deliberada para la formación de la disposición e inteligencia humanas. Significa la creencia de que es posible

RETRATOS DE UN NATURALISTA

conocer definitivamente cuáles condiciones y fuerzas específicas operan para producir tales resultados específicos en el carácter, actitud intelectual y capacidad (Simpson, 1999). Holmes (1996) añade a esto que el objetivo de la educación, para Dewey, era desarrollar la experiencia y las capacidades para la experiencia.

¿Qué le sucede a una persona al morir? Lo que podemos inferir de los escritos de Dewey respecto de este tema es que, siendo que esta vida es todo lo que existe, después de la muerte no hay nada. Creer en la vida después de la muerte llevaría a la humanidad a aceptar lo sobrenatural, lo cual es inconcebible en la mentalidad de Dewey.

Pareciera haber una razón lógica adicional para pensar de esta manera. Ya fue establecido que la vida es una y que la humanidad debería procurar la congruencia con toda otra forma de vida en la tierra. Si todos los seres naturales viven y mueren y no sucede nada, ¿por qué debería ser diferente con los seres humanos?

¿Cómo es posible llegar a conocer algo?

En un universo cerrado como el de Dewey, la única forma de poder conocer es mediante la interacción con la naturaleza, valiéndose de los sentidos y la razón. “Hay sólo un camino seguro de acceso a la verdad—el camino de la búsqueda cooperativa mediante la observación, la experimentación, los registros y la reflexión controlada” (1934, p. 32). Con palabras similares, Ryan (1995) expresa su percepción de Dewey: la veracidad, o dicho más ampliamente, el valor de cualquier creencia o afirmación acerca del mundo debe medirse por la experiencia.

Con toda franqueza, Dewey admite que la verdad está arraigada en la experiencia humana (Curtis, 1999) y que los conflictos científico-religiosos son últimamente conflictos respecto al método por el cual se procura la verdad (cf. Dewey, 1934, p. 39). Es por eso que Dewey pensaba que la experiencia religiosa no puede sostenerse por sí misma, por cuanto nadie puede tener una experiencia con alguien cuya existencia no puede abordarse científicamente (cf. pp. 10, 11).

En consecuencia, no puede existir ningún otro conocimiento que el conocimiento natural puesto que, si algo es real, tiene que ser experimental. Dewey llega al punto de definir a Dios en términos naturalísticos, como ya fue mencionado (cf. p. 54). Él enfáticamente señala que no hay ningún tema en especial que sea sacrosanto (cf. p. 39). Todo lo contrario, si la verdad no es algo sobrenatural sino que se la halla en la sociedad, entonces la democracia surge como un elemento fundamental para llegar a la verdad. Dewey (citado en Laird, 1995) sostenía que “la importancia de la democracia como revelación es que nos capacita para llegar a la verdad en un sentido natural, cotidiano y práctico, el cual de otra manera sólo podría obtenerse en cierto modo mediante un sentido antinatural o sentimental. Yo asumo que la democracia es un factor espiritual y no una mera pieza de la maquinaria gubernamental” (pp. 124, 125).

Dewey denomina fundamentalistas religiosos a aquellos cuyas creencias en el contenido intelectual apenas han sido tocadas por los desarrollos científicos (cf. 1934, p. 63), y ése es el caso de las personas religiosas que se niegan a ver a Dios mediante lentes naturalistas. Dewey creía que ciertas pretensiones, particularmente tales como la de afirmar (a)

que la creencia se encuentra más allá del espectro de la investigación científica, (b) que no hay nada nuevo que aprender acerca de alguna materia y (c) que no existen interpretaciones legítimas y alternativas a temas controvertidos, están arraigadas en el pensamiento dogmático. Esta postura puede, en parte, arrojar luz sobre por qué Dewey se trasladó del idealismo al instrumentalismo, del sobrenaturalismo al naturalismo, y del teísmo al ateísmo. Las manifestaciones particulares de los primeros tres *ismos* con las que se encontró lo dejaron intelectual y emocionalmente insatisfecho (Simpson, 1999).

¿Cómo podemos saber lo que es correcto y lo que es incorrecto?

En consistencia con su esquema naturalista de pensamiento, Dewey (1909) percibe la ética y la moral como elementos reducidos a la vida social. Dewey llamó moral a la interacción de la cultura y la naturaleza humana (Snelgrove, 1999). La ética, o lo que también llamó los motivos morales, no es nada más que la inteligencia social (el poder de observar y comprender las situaciones sociales) y el poder social (destrezas de control capacitadas) puestas en operación en servicio de los intereses y metas sociales (cf. Dewey, 1909, p.43). Interpretando a Dewey, Willis (1999) dice que la ética comienza no con la ley y el Dador de la ley. Está basada en la ciencia, no en la teología o la filosofía. De hecho, Dewey habló de cierta “ciencia” de la ética, una perspectiva empírica del estudio de los problemas éticos capaz de producir un conocimiento moral no menos seguro (aunque, desde luego, no más seguro) que el conocimiento producido por las ciencias más regulares (McCarthy, 1999).

Es interesante que Dewey creía en

los principios morales (cf. Dewey, 1909, p. 57), pero estos principios no proceden de Dios, sino de la naturaleza. Según Curtis (1999), esto nos lleva a admitir que los humanos tienen que crear sus propios valores. La moral es inherente a la vida y bienestar de la comunidad, al orden y el progreso social y a la estructura operante del individuo (cf. Dewey, 1909, p. 58). Valores diferentes a éstos son arbitrarios (cf. p. 15). Cada vez que los seres humanos unifican su yo a través de la alianza con ideales inclusivos, entonces surge la verdadera fe (cf. 1934, p. 33). A la postre, esta fe será considerada digna de controlar todos los deseos y elecciones una vez que quede libre del sentido sobrenatural de la existencia (cf. p. 85).

¿Cuál es el significado de la historia?

En el pensamiento de Dewey, la historia también queda definida en términos naturalistas. Dando por sentado que dentro de este marco de pensamiento no existe el origen divino, el principio que subyace tras la historia es la continuidad, por cuanto las fuerzas sociales son siempre las mismas (cf. 1909, p. 39). Dado que no hay futuro ni ningún sentido de destino, Dewey piensa que la historia es, más bien, una forma de interpretar la complejidad actual de la sociedad mediante el contraste y la similitud, una especie de presente proyectado con algunos elementos engrandecidos (cf. p. 37).

Reflexión sobre la cosmovisión
de Dewey y la educación

John Dewey ha sido objeto de mucha discusión y análisis a lo largo de los años. Bien se le podrían aplicar varios adjetivos. Por ejemplo, Rice (1993) llama a Dewey un crítico de la religión, “alguien que tenía un sentido del todo, un sentido que liga y da relevancia a las

RETRATOS DE UN NATURALISTA

diversas partes de los mundos interior y exterior de una persona... [alguien que entiende lo sagrado como refiriéndose] no a un ser sobrenatural, sino a una actividad histórica, a cualquier cosa que sea últimamente importante dentro del 'todo', según se lo entienda desde cualquier cultura en particular" (p. ix). Ciertamente, su naturalismo lo califica como un crítico de la religión. Tal vez Dewey es el erudito más radical hacia el entendimiento tradicional de la religión por medio de la filosofía y la ciencia.

Para Collins (1990), la cosmovisión crítica de Dewey puede resumirse en cuatro dogmas:

1. Toda realidad cambia constantemente.

2. No hay distinción alguna entre materia y espíritu y, por lo tanto, no hay distinción entre las facultades humanas sensibles e intelectuales, entre la gracia y la naturaleza, entre Dios y el mundo, etc.

3. La verdad es creación de los seres humanos.

4. No hay ninguna pregunta significativa respecto de la existencia de Dios. Dewey insistía en que un naturalismo exhaustivo es la única filosofía intelectualmente respetable, el único enfoque hacia la vida, la educación, la ética y la política que ofrece esperanza de progreso (Ryan, 1995).

La idea de un universo cerrado que deja fuera toda agencia sobrenatural es, en el mundo de las ideas, algo cada vez más propio del pasado. Esta sociedad posmoderna ha dado cobijo a diversas posturas trascendentales, tanto de occidente como de oriente, como opciones aceptables para el reflejo y apreciación de la realidad. No es extraño en estos días que la misma ciencia investigue aquellas cosas que antes caían definitivamente en el terreno de la religión o la

parapsicología, como son la oración, la fe o los poderes psíquicos. Particularmente desde una perspectiva bíblica, la identificación de una realidad sobrenatural concede respuestas que alivian las inquietudes y llenan los vacíos dejados por el naturalismo. Esto se echa de ver en el estudio del origen del universo, de la esencia de la naturaleza humana, del destino de la civilización, de la comprensión del problema del sufrimiento y del avivamiento del sentido de esperanza y restauración.

La cosmovisión naturalista también se ve limitada al momento de encontrar la verdad de las cosas. El estricto apego a procedimientos empíricos de investigación podría fortalecerse cuando se toman en cuenta fuentes de verdad adicionales. En el marco del cristianismo, la posibilidad de diálogo entre los conocimientos descubiertos científicamente y los revelados establece un fundamento más sólido para la comprensión y el ejercicio de la vida humana.

Otra crítica que podríamos hacer a la posición de Dewey es su ineficacia en desarrollar el pensamiento moral y el cuidado social. Los más profundos motivos de la humanidad así como el desarrollo de valores necesitan un cambio desde el interior, lo que nos indica que las competencias morales se logran con el concurso de otros medios adicionales a los de los naturalistas. Sin ánimo de disminuir la importancia del aprendizaje social de los valores, del despertamiento de emociones y conductas positivas, o de la formación ética desde el campo cognoscitivo, la propuesta bíblica desarrolla cualidades morales mediante la interacción del individuo con una realidad superior y sublime.

En la arena educativa es más que deseable establecer una base filosófica que sostenga el quehacer institucional.

Para el que esto escribe, la educación actual necesita un abordaje integral y amplio. La prosecución de la democracia, el arte y el conocimiento científico tienen un digno valor humanístico, y la contribución de John Dewey sobre estas materias merece nuestro reconocimiento. Sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que la educación ha sido beneficiada por los aportes de los escritos de Dewey. Sin embargo, soslayar los elementos no materiales procedentes de una cosmovisión que incluya realidades, verdades y valores trascendentes representa una debilidad en la propuesta naturalista. Si la educación actual reconociera los elementos no materiales de la vida, el estado de cosas y la naturaleza de la formación personal y social de los estudiantes derivaría en mejores frutos, algo que convendría que los lectores de los textos educativos actuales tengan presente.

Referencias

- Arnstine, D. (1997). Three on Dewey. *Educational Theory*, 47(4), 513-525.
- Collins, P. M. (1990). Religion and the curriculum: John Dewey and the Dutch catechism. *Religious Education*, 85(1), 119-133.
- Curtis, D. B. (1999). Some recent thoughts on John Dewey's theory of democracy [versión electrónica]. *Journal of Philosophy and History of Education*, 49, 45-52. Recuperado el 20 de junio de 2005, de <http://hometown.aol.com/jophe99/curtis.htm>
- Dewey, J. (1909). *Moral principles in education*. Boston: Houghton Mifflin.
- Dewey, J. (1934). *A common faith*. Boston: Yale University Press.
- Holmes, S. (1996). Practically wisdom. *New Republic*, 214(11), 40-46.
- Laird, S. (1995). Spiritual education in public schools. *Religious Education*, 90(1), 118-132.
- McCarthy, C. (1999). Dewey's ethics: Philosophy or science? *Educational Theory*, 49(3), 339-358.
- Miller, J. (1991). The common faith. *Nation*, 253(12), 450-454.
- Nash, R. H. (1988). *Faith and reason: searching for a rational faith*. Grand Rapids, MI: Zondervan.
- Reed, J. E. y Prevost, R. (1993). *A history of Christian education*. Nashville, TN: Broadman and Holman.
- Rice, D. F. (1993). *Reinhold Niebuhr and John Dewey: An American odyssey*. Albany: State University of New York Press.
- Ryan, A. (1995). Philosophy and religion. *Wilson Quarterly*, 19(3), 91-92.
- Simpson, D. J. (1999). John Dewey's concept of the dogmatic thinker: Implications for the teacher [versión electrónica]. *Journal of Philosophy and History of Education*, 49, 157-158. Recuperado el 20 de junio de 2005, de <http://hometown.aol.com/jophe99/simpson.htm>
- Sire, J. W. (1976). *The universe next door*. Downers Grove, IL: Intervarsity Press.
- Snelgrove, D. (1999). John Dewey's concept of freedom [versión electrónica]. *Journal of Philosophy and History of Education*, 49, 173-178. Recuperado el 20 de junio de 2005, de <http://hometown.aol.com/jophe99/snelgrove.htm>
- Sproul, R. C. (1986). *Lifeviews*. Grand Rapids, MI: Fleming H. Revell.
- Willis, W. (1999). Dewey and virtue ethics [versión electrónica]. *Journal of Philosophy and History of Education*, 49, 217-220. Recuperado el 19 de junio de 2005, de <http://hometown.aol.com/jophe99/willis.htm>

Recibido: 6 de junio de 2005
 Revisado: 28 de junio de 2005
 Aceptado: 7 de julio de 2005